

CONTESTACIÓN
De
DON PEDRO JOSÉ MUÑOZ

El grato acatamiento a un deber reglamentario me trae a esta tribuna. Y cuando califico de agradable esta circunstancia tal vez exprese solamente una parte de cuanto ella entraña: porque es, indudablemente, honroso y enaltecedor cumplir el encargo de dar la bienvenida al seno de esta Corporación, a un hombre de los elevados méritos de Carlos Manuel Möller.

Ya había comenzado la Academia a valorar las excelentes virtudes de este varón estudioso, trayéndolo a ella en calidad de Miembro Correspondiente; pero había mantenido latente el propósito cuya culminación vemos realizarse hoy. Y si la decisión unánime que nos reunió en torno de su nombre expresó el justiciero reconocimiento de su innegable valía, debió tocar a alguno de los miembros de la Corporación a quien adornasen facultades oratorias el noble encargo de dirigirle las palabras de cordial salutación. Una generosa decisión que no sabré agradecer bastante, me ha favorecido con tan honroso encargo; y si me he atrevido a aceptarlo ha sido solamente porque he pensado que acaso hubiera quien al cumplirlo se expresara con mayor acierta y elocuencia, pero que no habría quien sintiera la satisfacción que en estos momentos experimento, al ver cumplido un acto de efectiva valoración de los merecimientos de un ilustre compatriota.

Frente a la asidua, callada y paciente labor de una vida consagrada al estudio, procede en esta ocasión solemne, hacer una breve exposición de los datos personales del colega que vemos llegar, y de los servicios valiosos que ha prestado a la patria venezolana que le cuenta entre sus hijos más preclaros. Así como un deber reglamentario le impuso a él hacer la mención honorífica de sus predecesores en el sillón que hoy viene a ocupar, justo es que a él se le exhiba, siquiera sea someramente, en la plenitud de sus méritos y de sus títulos al aprecio y el reconocimiento de sus conciudadanos.

Caracas, esta Caracas de su dilecto amor, le vio nacer bajo su cielo un día de 1896. Rama robusta y vigorosa de un árbol genealógico en el cual confunden sus tupidas ramazones la grave varonía de un abuelo hamburgués y la gracia seductora de una abuela sevillana, crece en la época (que bien podríamos llamar la *belle époque* caraqueña) cuando todavía la ciudad del Ávila mostraba su atractivo encanto de un rígido ambiente de corrección y buenas formas. Así como

en torno de la cuna de algunos infantes privilegiados se reunían las hadas para concederles los más preciados dones, así él, en sus días infantiles, ve congregarse en torno suyo a un verdadero concurso de genios benévolos que le brindan cariñosa acogencia y le auguran venturas en los días por venir. ¿No era acaso una suerte de consagración y una muestra de privilegiado destino el verse estrechado en manifestación de acendrado afecto por los brazos de Eduardo Blanco, y sentir cómo pasaba por sobre su cabeza cual aura precursora de triunfo la diestra que escribió las páginas de *Venezuela Heroica*?

Las claras enseñanzas del sabio doctor Rafael Villavicencio y las cristianas normas del honorable doctor Rafael Cruz Guitián se aúnan para guiar sus primeros pasos por la senda del saber. Y juntamente con las nociones que habrán de integrar su bagaje escolástico, van las asiduas y constantes enseñanzas hogareñas formando al hombre callado, laborioso y circunspecto que iniciado tempranamente en los servicios de la administración pública, habrá de ir ganando poco a poco, por obra de positivos merecimientos, una señalada posición en el ánimo de cuantos le conocen y tratan.

También, desde aquellos lejanos días, data acaso su acentuada afición a los estudios históricos y a la colecta de los para entonces cuantiosos testimonios de cuanto hubo de verdadero mérito e interés en la vida cotidiana de los días coloniales. Copiosa provisión habrían de encontrar sus afanes, gracias a que su viva y despierta acuciosidad sabía percibirlos donde otros pasaban descuidados e indiferentes. Y cuando una venturosa decisión gubernativa le envía a las tierras de la Nueva España, en aquel suelo, en pleno ambiente de grandeza histórica, siente cómo se intensifican sus aficiones y cómo se acrecienta en él los propósitos de laborar, asidua y conscientemente, en reunir cuantos pueda, de los restos de la vida antañona del suelo que lo vio nacer.

Fruto sustancioso de tales inclinaciones habrá de verse en breve. Cuando aparece como figura principal entre los amantes de los hechos y de las cosas de la vida de otros tiempos; y, merced a sus empeños se logra la creación del Museo de Arte Colonial, que tras fecunda permanencia en la casona de la esquina de Llaguno encuentra al fin asiento definitivo y prestigioso en la histórica mansión del Marqués del Toro.

Los conocimientos sólidos y profundos que acopia en tan difícil materia le designan en todo momento para figurar en cuanta empresa haya de realizarse, relacionada con la vieja vida venezolana. Y así, en la restauración de la Casa de Anauco, que ha venido a ser sede del Museo de Arte Colonial, como en la no menos importante que se hace actualmente en la histórica

Cuadra de los Bolívar, allí están sus luces, guiando e iluminando cuanto está haciéndose por devolverla a una situación semejante a la que primitivamente ofreciera.

Pródigo de sus enseñanzas, sabe estar siempre de presente en cuanto actividades solicitan su colaboración. Ha sido Profesor de la cátedra de Arquitectura Pre-Colombina y Colonial en la Universidad Central de Venezuela; y ha vertido en numerosos ensayos y monografías el preciado caudal de sus conocimientos. Y cuando reunió en un jugoso volumen lo más selecto de su valiosa labor de investigación y estudio, el producto de la venta de esas admirables *Páginas Coloniales* lo ofrece, como un don generoso, al Museo de Arte Colonial en el cual se concentran sus más puros afectos.

Se comprenderá, pues, cómo su discurso de incorporación a esta Academia cuya lectura acabamos de oír con sincero agrado, habría de versar sobre aspectos de la vida de los viejos tiempos de esta Santiago León de Caracas, que marcha a pasos acelerados hacia la conmemoración de su cuarto centenario.

Con plenitud de conocimiento; con acertada interpretación de viejos códigos; con amplio criterio histórico, penetra en el copioso centón de documentos que contienen los fastos de la ciudad. Y, ágil y desembarazadamente, nos brinda un cuadro neto, límpido, precioso, de hechos, usos y costumbres antañones, que viene a satisfacer los anhelos de cuantos hemos sabido amar a "la ciudad de los techos rojos", hoy sustituida por las babélicas edificaciones de cemento armado que nos confunden y desconciertan a los viejos, y ponen inenarrables delicias en los amantes de "la nueva ola".

Habrà, pues, de ser para la Academia Nacional de la Historia, familiarizada ya con su siempre grata presencia, una viva razón de complacencia el verle hoy formando parte de su integración numeraria. Y bien sabemos, cuantos le vemos hoy llegar a la plena asunción de sus prerrogativas y derechos, cuan fecunda y efectiva habrá de ser su colaboración en las graves decisiones que débense tomar por obra de la función que nos está encomendada.

En la frecuente recordación que por razón del cordial afecto que le profeso, hago de la persona de Carlos Manuel Möller, me he puesto muchas veces a pensar si el asiduo y pertinaz contacto que él mantiene con las cosas de antaño no habrá originado algo así como una estrecha compenetración de los elementos inmanentes que el uno y las otras llevan en sí.

Y hago en seguida la evocación de ese genial e inmenso poeta que fue José Asunción Silva, quien en su poema *Vejezes*, dice:

*Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria;
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizantes, dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia,
que tiene oscuridad de telaraña,
son de laúd y suavidad de raso.*

Y me figuro al dilecto amator de "las cosas viejas", absorbido en la contemplación de algunas de las que enumera el poeta:

*Colores de anticuada miniatura
hoy de algún mueble en el cajón perdida;
cincelado puñal; carta borrosa;
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida...*

¿No os parece ver a Möller sumergido en el encanto de esas cosas que para él sí tienen vida y color, manejando con pulcro esmero la joya secular, la estatuilla maltratada por el rodar abandonado en el fondo de las viejas gavetas; el crucifijo ebúrneo; la figura semiborrada en el fondo de la negra cajuela; el laborado arcón, la espada hidalga; el volumen encerrado dentro de las crujientes tapas de pergamino, allá en el silencio de su gabinete desde cuyos anchos ventanales refuerza sus alientos con la permanente visión del viejo monte en cuya falda se rebusca la ciudad?

Y continúa el poeta:

*el vulgo os huye, el soñador os ama,
y a vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas.*

Y en profundo y grave comentario, concluye:

*El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores:
por eso a los poetas soñadores
les son dulces, gratisimas y caras,
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugerencias místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas.*

Y evocando al exquisito bardo y su visión hondamente ensoñadora, pienso que este espíritu grave y ponderado en cuya esencia íntima puede andar escondido un poeta, por su trato frecuente, asiduo y amoroso con todos esos restos de vidas pretéritas que guardan dentro de sí algún poderoso hechizo, quizás haya logrado arrancarles la ansiada confianza. Y aunque se empeñe en guardarla con afán esotérico, se transparenta siempre en su obra luminosa y consciente que hace pensar que ha penetrado el secreto de las cosas que fueron.

Señores:

Me siento feliz por haber tenido la fortuna de dar la bienvenida al seno de la Academia Nacional de la Historia a este hombre estudioso, digno y honorable que es Carlos Manuel Möller.

Dixit.